

mos... no vaya a ser que nos sintamos demasiado aludidos. Son las notas de «la organización», que van describiendo clínicamente el proceso de encuentro y disolución, violento y sangrante, de José Flórez.

Estructuralmente, el texto se organiza en torno a la única poética que puede servir a su sentido: es un texto fragmentario, construido en pequeños trozos vivos y rotantes, casi poemáticos, independientes, que van avanzando el clave hacia este final disuelto y oscuro. Porque la visión que el joven novelista persigue es precisamente esa, la de la fragmentación, la de la atomización de lo real, enmascarada por la razón. Ahí, en esa persecución de una totalidad impuesta por los fragmentos, las células y las nacionalidades («animales» que hay que soltar), José Manuel Álvarez Flórez convierte en una gran mentira esa verdad de nuestra hora, esa ilusión de unidad que empieza en la vida fetal, allí donde se confunden cuerpo e Historia, en el seno maternal de la Cova de Onga, la madre de la Patria.

Novela reflexiva, espantosa. Poema loco, en que la historia colectiva y la historia personal son una sola, auténtico reguero de sangre y de desprecio. Maldición infinita de esos orígenes que, debidamente mitificados, nos constituyen. Este libro, espantoso monstruo, sueño de la razón, habla de España, de todos nosotros. Léalo. ■ ROSA MARIA PEREDA.

La música de Félix Grande

Tengo mala suerte con los libros de crítica literaria: casi siempre hablan de autores que desconozco o que deploro. Por eso me sorprendió gratamente el primer volumen de ensayos de Félix Grande, titulado «Occidente, ficciones,

yo», que leí hace años en los trayectos del autobús 61, que me llevaba a la Universidad: allí encontré muchos de los autores que entonces más me interesaban, aquellos cuya reciente lectura me había hecho más impacto y los menos olvidables de mis antiguos conocidos. Y todo esto, en una prosa que me «llegó» profundamente, hecha de una curiosa mezcla de barroquismo e imprevisión, de sensualismo sonoro y desaliento, una suerte de lirismo acelerado. Después de esta primera lectura (como prosista, se entiende, pues como poeta le conocía de mucho antes) he compartido con Félix frecuentes botellas de vino y la primorosa expectación de varios sábados por la tarde. De modo que este segundo libro de ensayos, que me llega de él (1), se instala afortunadamente en la amistad y el reconocimiento: trae encantos no inferiores al primero que leí, pero ya no, lógicamente, la sorpresa.

Como soy demasiado orgulloso para suponer que mis virtudes puedan ser compartidas, lo que me gusta compartir con los amigos son mis vicios. Reconozco en Félix

(1) «Mi música es para esta gente», de F. Grande, Hora H, Seminarios y Ediciones, 1975.

dos de mis manías más queridas: una patológica predilección por las anécdotas de personajes más o menos célebres y un gusto desahogado por esas citas literarias tan hermosas, que le hacen a uno levantarse corriendo del sillón, trepar por la biblioteca en su búsqueda y recitarlas con triunfal ferocidad a la resignada concurrencia. Podría añadir también nuestra común pasión por la canción sudamericana, pero éste parece vicio menor por comparación con los otros. Pues bien, el libro que comento me ha permitido refocilarme generosamente en estos pecados compartidos. Y me ha brindado una faceta de Félix, presente siempre en su trato, que en «Occidente, ficciones, yo» estaba más púdicamente apagada; me reflero al humor. En las páginas de estos ensayos pueden hallarse algunos memorables logros de humorismo conceptual, como esta caracterización de cierto desdichado librito sobre Borges: «Este texto no alcanza a ser famoso ni infame; se contenta con ser trivial. No carece, sin embargo, de un fanático culto al sinsentido ni le falta documentación; en cambio, abunda en disparates puntualmente irrisorios, aunque no omite cierta inexplicable ego-

latria. Ahora bien, es un libro mortalmente aburrido». Este humor, no siempre exento de fiereza, como se ve, devuelve a la lectura su carácter jubiloso de gozo transmisible. No hace falta un exceso de agudeza para reconocer en la cultura los indicios de nuestros límites y la rotura de nuestras cadenas; en ella se encuentra lo que refrenda nuestra miseria y las quejas que ésta nos arranca; sin embargo, la creación cultural tiene más de verbena carnavalesca que de marcha fúnebre. Afortunadamente, así lo entiende también Félix Grande.

Ciertos teólogos suponen, con insondable desquite, que Dios creó el mundo a causa de que la bondad es expansiva y quiere comunicar su dicha. Esta hipótesis, ofensiva hasta el sarcasmo en el teólogo, me parece verosímil en lo tocante a estos trabajos de Félix que recensiono. Son trabajos de amor, pero no perdidos, como los shakesperianos, sino conservados y acrecentados en la memoria. Amor por el sabio ritual de las palabras: Neruda, Onetti, Cortázar, Robert Musil, Octavio Paz...; por el caliente estremecerse de la guitarra: Fahu, Paco de Lucía; por la necesaria y gratuita ternura del origen: los pa-

dres... Y, entreverados con estos amores, el exigente y maltratado amor por la justicia, que no quiere verse divorciada por la fuerza de la libertad, o mejor, de esa justicia, que siempre quiere leer su nombre como libertad; el dichoso y desdichado amor por la escritura, ladrón de tantas cosas, sorprendente donador de lo inesperado, y ese amor que dio nombre a los otros, el amor de amar, el amor de los amores. Quizá alguien se sienta chocado o a disgusto en páginas que tan decididamente toman partido sobre cada tema, incluso tangencialmente rozado; la intento mencionar aquí no hay distanciamiento científico y que brilla por su ausencia la distinguida anemia anglosajona... Otros, en cambio, agradecemos que se nos ahorre el inventar un rostro al autor. Como Félix es muy alto, las reuniones multitudinarias nunca le ocultan, sino que le subrayan; del mismo modo, por encima de estas páginas y siempre presente, navega la mirada definida del poeta fija en los ojos de su lector. ■ FERNANDO SAVATER.

«De Vulgari Zyklon B Manifestante»

La segunda novela de Mariano Antolín Rato, «De Vulgari Zyklon B Manifestante» (1), lleva como subtítulo «Elementos de psicocartografía literaria». Es un tratado de magia: texto gratuito elaborado en base a otros anteriores, que remiten a su vez a otros tratados hasta alejarse por completo de la realidad inmediata, considerándola como un simple ejemplo o comentario a los textos citados. En ella se nos dan algunas pistas necesarias para trazar un

(1) «De Vulgari Zyklon B. Manifestante. Elementos de psicocartografía literaria». Ediciones Júcar. Colección Azanca. Madrid, 1975.

hipotético mapa de una no menos hipotética región llamada «espíritu» o «mente». De este modo entronca con una tradición milenaria que han seguido todos los magos y místicos, y que nos ha obsequiado con cosmologías sin cuento desde los «Upanishads» de la India hasta algunas obras de Jung. La diferencia fundamental que tiene con tales textos la novela de Antolín Rato es que su autor es consciente de la gratuidad de su empresa, y no pretende en absoluto elaborar un texto científico, sino un objeto lúdico. Rescata para la literatura ciertos procedimientos cabalísticos: repetición incantatoria de bloques de frases, ritmo casi musical del concepto —no del sonido—, utilización de símbolos y de mitos... utilizándolos como elementos narrativos. Un nuevo mundo aparece de este modo: mundo privado de toda pretensión de realidad, de toda humanidad, pero que acaba siendo más real que la vida misma por estar situado precisamente en el plano de lo legible, no de lo que puede experimentarse directa y cotidianamente como real. «De Vulgari Zyklon B...» tiene mucho de «puzzle», de crucigrama; no exige una lectura lineal ni una interpretación predeterminada: es una lucha amistosa con el lector, que acaba con el encuentro de éste consigo mismo —nunca con el autor, que se oculta cauteloso— en sus propios paisajes interiores.

Esta novela, alejada del experimentalismo barroco al uso, se sitúa entre los relatos de la más nueva ciencia-ficción, junto a las obras de J. G. Ballard o de Roger Zelazny: alejándose de la aburrida descripción de cosas y paisajes de un futuro mal imaginado —que era el meollo de la ciencia-ficción antigua—, utiliza el puro lenguaje como elemento creador de extrañeza, y consigue situarnos en una ucronía absoluta por la utilización mágica de la escritura.



Félix Grande.